

2) DE LOS POLÍTICOS, LÍBRANOS SEÑOR... *

Como todos recordamos, el laureado escritor Mario Vargas Llosa postuló a la Presidencia de la República de su país, el Perú, en 1990. En una primera vuelta alcanzó un triunfo muy ajustado, cercano al 27%, contra el 23% de su opositor, Alberto Fujimori. De acuerdo a la legislación peruana que ha adoptado el sistema de la segunda vuelta francesa, (aun cuando sólo para la composición del poder ejecutivo y no así del resto del sistema), el ganador debería alcanzar, para ocupar la Presidencia, más del 50% de los votos válidamente emitidos, lo cual no logró ninguno de los dos. En este supuesto, se iba a una segunda elección entre las dos primeras mayorías relativas, en la que ganaría quien alcanzase la mayoría simple. Esta se llevó a cabo en junio de 1990; en ella el escritor mantuvo un porcentaje similar, pero perdió frente al Ing. Fujimori, quien redondeó el 58% de la votación; esto es, dobló en números redondos a su ganador de la primera vuelta. Este hecho sorprendió a muchos y sobre todo a la clase política, no acostumbrada a este tipo de sorpresas, más aún cuando se trataba del descalabro de un escritor acreditado no sólo internacionalmente, sino ampliamente conocido por el público peruano, familiarizado con sus novelas y con las crónicas que habitualmente publicaba en la prensa local. Poco después, los analistas políticos, los comentaristas del acontecer local y hasta sociólogos y parte interesada, han escrito largamente sobre este suceso electoral, espectacular no sólo por sus resultados, sino por sus consecuencias. Incluso el mismo Vargas Llosa publicó un extenso ensayo en donde explicaba su propio punto de vista sobre las elecciones en las que participó. Detengámonos un poco en este enfoque de quien fue actor importantísimo en la contienda electoral de 1990.

Si bien la figura de Vargas Llosa es conocida desde la década del sesenta,

* Publicado en la revista **MADRID**, N° 14, mayo de 1992, y escrito con anterioridad al golpe de Estado de 05 de abril de 1992.

y quizá más ampliamente desde la década del 70, lo cierto es que, su paso, o mejor, cercanía a la política se da recién en los años ochenta. En el artículo que escribió al respecto (*A fish out of the water*, El pez fuera del agua) nos relata que todo se inició en 1987, con motivo de la estatización de la banca, en agosto de ese año. El dato sin lugar a dudas es exacto, pero hay que rescatar el hecho de que nuestro laureado escritor rondó los predios de la política mucho antes: en un primer momento, cuando fue llamado por el Presidente Belaunde (1980-1985) para integrar y, eventualmente, presidir un gabinete ministerial, que al final no prosperó por aparentes exigencias de su colaborador de entonces, Hernando de Soto. Luego Vargas Llosa aceptó integrar una Comisión Especial que investigó la matanza de un grupo de periodistas en la comunidad campesina de Uchuracay, en los Andes centrales, que tanto dio que hablar (y en la que el escritor, por lo demás, cumplió un papel decoroso y honesto). En fin, con estos antecedentes, no era de extrañar que Vargas Llosa se animase a dejar su veraneo en la playa norteña de Punta Sal, para salir al frente de la ciudadanía y combatir la estatización de la banca, que dentro del contexto político del momento y bajo el gobierno aprista encabezado por Alan García, pretendía acentuar el autoritarismo que por entonces asomaba. Sin lugar a dudas, la incursión de Vargas Llosa fue todo un éxito: el mismo Presidente Alan García salió a las calles a combatirlo, y el proyecto de estatización de la banca, resultó enormemente mediatizado luego de un áspero debate en las cámaras legislativas y, al final, la ley fue promulgada, pero no se aplicó: una verdadera hostia sin consagrar. Hasta ahí todo estuvo bien. Luego, los dos principales partidos de oposición, Acción Popular, fundado por el ex-Presidente Belaunde, y el Partido Popular Cristiano, liderado por el ex-Alcalde de Lima, Luis Bedoya Reyes, creyeron oportuno juntar sus fuerzas y lanzar, a consuno, a Vargas Llosa a la Presidencia de la República, juntos y bajo la bandera de un recién formado Frente Democrático Nacional (FREDEMO). Al principio todo fue bien, pero más tarde, cuando se iniciaron las conversaciones, empezaron los problemas, no sólo en la disputa por los cargos y la utilización del financiamiento electoral, sino incluso sobre los aspectos programáticos. Para ese momento, para justificar su presencia dentro del FREDEMO, Vargas Llosa había fundado el Movimiento Libertad, de manera tal que ante la opinión pública se presentaron como tres fuerzas políticas que ofrecían un mensaje nuevo. Según cuenta el mismo Vargas Llosa, a diciembre de 1989, las encuestas arrojaban un 55% a favor de su candidatura, lo cual daba a entender, muy a las claras, que ésta era imbatible. Pero al interior del FREDEMO continuaban los problemas. En un momento, Vargas Llosa renunció y sólo aceptó retomar la posta cuando sus otros dos socios hicieron concesiones. Lo cierto es que a partir de enero de 1990, Vargas Llosa empezó a manejar directamente su campaña, sin intervención de nadie. Fue entonces que acentuó su mensaje liberal, habló claramente de hacer una reducción del aparato burocrático en

unas 600.000 personas, en racionalizar la educación escolar eliminando prácticamente la gratuidad de la enseñanza escolar (que es precepto constitucional) y otras medidas de claro matiz recesivo.

Indudablemente, los hechos han dado la razón a Vargas Llosa, por lo menos en sus grandes lineamientos, pero lo cierto es que habló un lenguaje muy descarnado, duro y en cierto sentido inmisericorde. Se cuenta que en alguna reunión privada, uno de sus socios, el Presidente Belaunde, al ver lo que libre e irrestrictamente hacía un socio en campaña, exclamó que Vargas Llosa pensaba que la política era un confesionario público.

Lo cierto es que a partir de enero de 1990, cuando Vargas Llosa prescinde (en la práctica) de sus socios, empieza a perder puntos en las encuestas. Cuando vienen las elecciones en abril, sus desaciertos habían sido capitalizados por el Partido Aprista, que lo acusó de querer aplicar una política hambreadora (tipo shock económico), tan bien manejada, que asustó al elector medio. El día mismo de las elecciones, en abril de 1990, las encuestas daban como un hecho que Vargas Llosa ganaría con un ajustado margen que no excedía el 30%, lo cual hacía inevitable una segunda vuelta. En el lapso entre la primera y la segunda elección, el estilo de Vargas Llosa siguió siendo el mismo, mientras que su rival Fujimori aparecía ante el público como un peruano sencillo, trabajador y que haría una política de concordia y de protección a los sectores menos favorecidos.

Ya sabemos lo que sucedió: Fujimori ganó en toda la línea; la derrota de Vargas Llosa fue rotunda y el famoso escritor se ausentó del país desde entonces y no ha retornado más, salvo por breves periodos y para entender asuntos domésticos. Adicionalmente, se ha alejado de toda política partidaria, desinteresándose de ella.

Ahora bien, cabe preguntarse una vez más, a qué se debió esta derrota, que definitivamente no estaba anunciada. Repasemos los hechos: sus aliados políticos (Acción Popular y el Partido Popular Cristiano) habían obtenido más del 50% en las últimas elecciones municipales; por lo que bien podría considerarse dicho aporte, importante: si a eso se sumaba el contingente de independientes que arrastraba Vargas Llosa, la victoria se presentaba holgada en la primera elección. Así por lo demás, lo constataban los sondeos electorales. Adicionalmente, el nuevo candidato tenía imagen personal y presentaba un mensaje liberal que empezaba a ser grato en esos momentos, no sólo por corrientes de opinión internacionales, sino como reacción frente al exagerado estatismo del gobierno saliente.

Tratando de explicar su derrota, Vargas Llosa la ha atribuido a factores externos, como son, entre otros, los siguientes:

- a) Su unión con partidos que él o sus correligionarios denominan «tradicionales», y que aparentemente le quitaron fuerza (lo cual no se condice con las encuestas electorales que le dieron el revés sólo en los tramos finales),
- b) Su buena fe, porque habló la verdad y no quiso ocultar nada al electorado.
- c) Los malos manejos de los caciques lugareños, que no actuaron con el idealismo con que él actuó, y;
- d) El entorno político que hizo que su propio movimiento cayese en los viejos vicios del politicismo.

Sin embargo, siendo importante su declaración, peca de incompleta. En efecto, Vargas Llosa nos describe con pesar el mundo de la política, hecho de intriga, de engaño, de luchas intestinas por el poder, lo cual demuestra que no conocía este mundo y menos aún lo comprendía. Tampoco nos dice que al final, en los últimos tramos de su campaña, se deshizo de sus socios, con amplia experiencia política y empezó a actuar solo, sin escuchar a nadie, ni siquiera a sus publicistas (época en la cual precisamente las encuestas le empiezan a ser desfavorables). Tampoco nos dice el escritor que en los últimos meses se ensimismó en su entorno familiar, y confió la dirección de la campaña a uno de sus hijos, casi adolescente, y sin ninguna experiencia política. Y esto es sólo una parte de lo que silencia.

Leyendo a Vargas Llosa, lo que él explica y lo que dicen sus allegados, se arriba largamente a la convicción de que el escritor es (o era) un ingenuo en política y un improvisado en estas lides. Da pena comprobar cómo descubre a la altura de los años noventa, que la política es la lucha por el poder, verdad que los sociólogos y politólogos descubrieron hace siglos. La conclusión es clara: en el fondo, lo que existe en la ingenuidad de Vargas Llosa es un hecho macizo que, aun cuando tiene excepciones, se aplica aquí enteramente: el programa, la oportunidad, las ideas de Vargas Llosa estaban llamadas a triunfar, pero Vargas Llosa era el menos indicado para ejecutarlas. La culpa de su derrota no la tiene el electorado, sino él mismo, por ingenuo y por cierta arrogancia que mostró en los últimos meses de la campaña.

Su fracaso, sin embargo, nos ha devuelto a la literatura a un escritor extraordinario. Ha vuelto a donde siempre debió estar y de donde nunca debió salir. Pero Vargas Llosa debe alegrarse, porque no está solo. Sin necesidad de remontarnos a Platón (figura cumbre del pensamiento filosófico, que incursionó en la política y acabó prisionero y vendido como esclavo) recordemos a dos escritores laureados que alcanzaron la presidencia de la República, y acabaron derrocados por sendos golpes de Estado: Rómulo Gallegos (Venezuela) y Natalicio Gonzales (Paraguay).